

colección  
*Los días terrestres*  
(narrativa)  
XXXVI

La edición de este libro ha sido posible gracias a las ayudas concedidas por la **Fundación Trubar** y por la **Agencia Pública del Libro** de la República de Eslovenia

Título original: *Nedotakljivi. Mit o ciganih*. MK, Ljubljana, 2007.  
Todos los derechos reservados para la edición en español.

© texto original: Fery Lainšček

© traducción: Ana Fras

© ilustración de portada: Ana Fras (Mostar, Bosnia Herzegovina, 2010)

© de esta edición: **EDA Libros**

c/ Pinsapo 15, Local 11  
29639 Benalmádena Pueblo, Málaga  
Teléfono: 952 448 420  
email: edalibros@edalibros.com

I.S.B.N.:

Depósito legal:

Feri Lainšček

# Los Intocables

(EL MITO DE LOS GITANOS)



Benalmádena, Málaga, España, 2017

*Feri Lainšček es sin duda uno de los nombres más representativos de la literatura contemporánea eslovena. Es dramaturgo, poeta, escenógrafo, y autor de numerosas novelas entre las que destacan Ki jo je megla prinesla (Que la trajo la niebla), Namesto koga roža cveti (En lugar de quién florece la flor), Muriša (Murisha) y Ločil bom peno od valov (Separaré la espuma de las olas). A lo largo de su dilatada carrera, su obra ha sido distinguida con numerosos premios, como por ejemplo el premio de Prešernov sklad (Fondo de Prešeren), el premio más importante de la República de Eslovenia por logros en las artes, dos veces el premio Kresnik (premio para la mejor novela del año) para las novelas Namesto koga roža cveti (En lugar de quién florece la flor) y Muriša (Murisha) y el premio Večernica (premio para el mejor trabajo de literatura juvenil) para la colección de cuentos Mislice (Pensamientos). Es oriundo de la región de Prekmurje, al este de Eslovenia lindando con Hungría, Austria y Croacia, sin*

duda uno de los lugares más peculiares y menos conocidos del país. En *Prekmurje*, esa llanura que aparece tantas veces en sus novelas, es donde transcurre también una parte de la novela *Los Intocables*, «que susurraba en las noches que pasé despierto hasta el amanecer, aquí en medio de la llanura abierta junto al fuego vivo, al oído de Feri Lainšček, el señor blanco al que llamamos Čukara», como dice Lutvija Belmoldo, el protagonista del libro. *Prekmurje* también es la región donde vive uno de los grupos gitanos más grandes de Eslovenia y es el lugar donde los gitanos mejor se han integrado en el modo de vida establecido, es decir, han desarrollado su vida dentro del sistema, manteniendo aún ciertas costumbres propias. Feri Lainšček estuvo en contacto con ellos desde niño, ya que vivían en el mismo pueblo, donde tuvo la oportunidad de conocer su manera de vivir.

En *Los Intocables* se cuenta la historia de cuatro generaciones de gitanos dedicados a las actividades más variopintas: músicos ambulantes, ladrones de caballos, resignados fabricantes de piedras de afilar o contrabandistas. La novela comienza con la narración de un mito que nos revela el porqué del nomadismo de los gitanos y por qué su «huida» continua. Este suceso extraordinario ocurrido en épocas remotas, condicionará su relación con la realidad hasta nuestros días. Tras la inicial incursión en el mito, Lutvija Belmoldo aus *Shangkai Gav*, el narrador y protagonista, construye la crónica de su gran familia gitana, de sus aventuras y numerosas desventuras. En un tono casi siempre humorístico, tragicómico a veces y conmovedor en ocasiones, va revelándonos la dificultad de la existencia para esta minoría étnica. En cualquier caso, los personajes principales de la novela, el abuelo Jorga Mirga, el padre de

Lutvija, el propio Lutvija, su hijo Dono Belmoldo, siempre encontrarán el modo, a menudo incomprensible a los ojos de un «hombre blanco», de arreglárselas y seguir adelante.

*Los Intocables* transcurre en la Yugoslavia de Tito, líder socialista convertido en icono por los países de la ex-Yugoslavia. Es Jorga Mirga, el abuelo del protagonista, quien se topa con tierras yugoslavas:

«Allí en aquel entonces no se supo qué ni cómo iba a ir la cosa, pero a los que tenían un buen olfato ya les parecía que valía la pena detenerse. Ciertamente Tito era guapo como una paloma mensajera. Amaba los anillos pesados y los zapatos blancos y eso era buena señal. Era uno de aquellos que pagaban por la música aunque luego no la escuchara, y a la vez había algo nuestro en él.»

Y así, casi por un capricho del destino, deciden vivir en Yugoslavia, en un sistema socialista que también «quiso hacer de los gitanos gente trabajadora».

Con esta magnífica novela de Feri Lainšček el lector tendrá la oportunidad de acercarse a ellos y de entender mucho mejor su carácter, sus costumbres, sus emociones..., ya que el autor aborda estas cuestiones en profundidad, con mucha sutileza, pero sin embellecerlas, mostrándonoslas en toda su crudeza. Es interesante destacar que lo que nos cuenta la novela de Lainšček no es pura invención, ya que hay más de cinco millones de gitanos que viven en los diferentes países de la Europa central, sobre todo; la gran mayoría se encuentra asentada en Rumania, mientras que una de las menores poblaciones gitanas vive en Eslovenia. Feri Lainšček se plantea además en su obra un tema de gran actualidad en su novela: la cuestión de la libertad individual, de la asimilación de las minorías étnicas y de todas las personas de escasos recursos en las sociedades

«avanzadas».

*Una lectura que resulta muy divertida en ocasiones, pero con un fondo didáctico igualmente. Una lectura recomendable, desde luego, para todo aquel que tenga un mínimo interés en la aún misteriosa etnia gitana, en cómo transcurre su vida en los Balcanes y en el hoy extinto territorio yugoslavo. También para los aventureros curiosos que pretendan conocer la literatura de un pequeño país del lado soleado de los Alpes.*

*Ana Fras*

**LOS INTOCABLES**



«Si morimos sin recuerdo, ¿a dónde irá la tristeza?», dijo mi madre entonces. Ahora vuelvo solo.

FERI LAINŠČEK

**EL MITO**

Cuando entregaron a los carceleros romanos a Yeshua ben Miriam, a quien más tarde el mundo llamó Jesús, para crucificarlo porque había hablado mal del César romano, mandaron a dos soldados a por cuatro clavos. Existía entonces una costumbre en la que por cada crucificado les daban a los soldados ochenta kreuzos para los clavos. Los soldados se desviaron primero a una bodega y se gastaron la mitad en vino, que en aquel entonces transportaban los griegos a Jerusalén. Fue hacia el final de la tarde cuando se acordaron otra vez de los clavos y de que al anochecer tenían que volver al cuartel. Se lanzaron hacia la salida, fueron al primer herrero y quisieron obligarle a hacer los clavos a mitad de precio.

«Tengo mujer e hijos», susurró el herrero que era judío. «Por este precio solamente les puedo hacer cuatro clavos pequeños», intentó explicarles.

«¡Cállate y haznos cuatro clavos grandes!», grita-

ron los soldados cortándole la barba y arrojándola al fuego como advertencia. El herrero se sentó asustado al fogón y empezó a fraguar los clavos. Y los soldados le ayudaron con el fuelle mientras le persuadían: «Cuidado con que los clavos sean realmente grandes y fuertes, porque con ellos vamos a crucificar a Yeshua ben Miriam al amanecer».

Cuando el herrero escuchó el nombre del condenado, se le paró el brazo con el martillo en el aire. «No puedo hacer los clavos con los que vais a crucificar a Yeshua ben Miriam», negó con la cabeza y se apartó del fuego. «No puedo», repitió. «De verdad no puedo hacer esto».

Los soldados, furiosos, lo atravesaron con sus lanzas varias veces y salieron corriendo del taller. El sol ya había bajado detrás de las colinas y ahora realmente tenían prisa. Se dirigieron rápidamente a otro herrero que era sirio e irrumpieron de golpe en su taller cuando ya había terminado su trabajo. De sus lanzas todavía goteaba la sangre con la que le hicieron saber al herrero que no venían con buenas intenciones. Se apartó detrás del fogón y les lanzó su martillo pesado. Pero esto fue mortal para él, ya que los soldados blandieron hábilmente las armas y lo aniquilaron. De esta manera se encontraban en el mismo aprieto otra vez. Si no se hubieran gastado los cuarenta kreuzos en vino, por supuesto que hubieran podido volver al cuartel y contar sinceramente lo que les había pasado y tal vez hasta habrían salvado la vida de Yeshua, pero de esta manera tenían que seguir buscando.

Huyeron por la puerta de Jerusalén, donde se en-

contraron por una extraña coincidencia con un gitano que recién acababa de montar su tienda y colocar un yunque. Los dos romanos le rodearon con las lanzas, ahora ya completamente llenas de sangre, colocaron delante de él los cuarenta kreuzos y le ordenaron que les forjara inmediatamente cuatro clavos grandes.

El gitano cogió el dinero, lo guardó en su bolsillo y lentamente empezó con el trabajo.

Los soldados, completamente inquietos, se balanceaban de un pie a otro al lado del fuego, se escudriñaban debajo de los dedos y le quitaban los clavos, todavía calientes, de las manos. Justo cuando ya tenían tres clavos grandes en el bolso y el gitano empezaba a forjar el cuarto, perdieron la paciencia completamente. En los oídos les resonaban las alucinaciones auditivas de las voces temblorosas de los dos que habían matado antes, rogándole al herrero que no forjara los clavos para la crucifixión. «Gracias, gitano, va a ser suficiente, a Yeshua ben Miriam le crucificaremos con tres clavos...»

Cayó la noche en Jerusalén.

El gitano forjaba lentamente el cuarto clavo y se alegraba del dinero que había guardado en el bolsillo antes siquiera de empezar a trabajar. Pero cuando acabó de forjar el clavo y echó el agua encima del hierro caliente, se evaporó enseguida y el hierro se quedó ardiente y rojo como si todavía lo sujetara dentro del fuego con las tenazas. Le echó el agua de nuevo, pero el clavo todavía ardía, como si el hierro fuera un cuerpo vivo y ardiente del cual se disipaba el fuego. El gitano había gastado ya toda el agua que tenía en el recipiente y el clavo todavía seguía



ardiendo y alumbraba los alrededores a lo lejos del desierto. Totalmente asustado, el herrero deshizo su tienda, cargó el burro con sus pertenencias y se echó a correr.

Apenas a medianoche, el viajero, cansado, asustado y solo, de nuevo montó su tienda gitana entre las altas dunas de arena. Pero allí, al lado de sus huellas descalzas, otra vez yacía el clavo ardiente que estaba seguro de haber dejado delante de la puerta de Jerusalén. El gitano estuvo trayendo agua de los pozos cercanos e intentando apagar el fuego del clavo hasta la mañana siguiente. Pero incluso cuando ya se había acabado el agua de todos los pozos, el clavo todavía seguía ardiendo. A causa de esto el gitano perdió la razón completamente y huyó con su burro más adentro del desierto hasta que, a plena luz del día, de nuevo paró en un pueblo.

Se le acercó un árabe y le pidió si podía arreglarle el aro de hierro del carro. El gitano, que ya no tenía fuerzas para hacer fuego ni colocar el yunque, cogió el clavo ardiente y con él emparchó el herraje de la rueda. Y sucedió un milagro. El árabe salió con su carro reparado y el gitano continuó el camino sin atreverse a mirar alrededor suyo. Todo lo que le ocurría después le era inusual e inexplicable, y el clavo ardiente le siguió todo el camino hasta Damasco, donde intentó esconderse de él entre la muchedumbre. Pero por supuesto ni siquiera esto le ayudó ya. El clavo ardiente se convirtió en su destino.

Han pasado desde entonces ya muchos años pero todavía, de vez en cuando, aparece el clavo ardiente en las tiendas de los descendientes del hombre que

forjó los clavos para la crucifixión de Yeshua ben Miriam.

Cuando esto sucede, los gitanos huyen.

Por eso se desplazan de un sitio a otro.

Por esto Yeshua ben Miriam, a quien más tarde el mundo llamó Jesús, fue crucificado solamente con tres clavos. El cuarto todavía sigue viajando de un sitio de la tierra a otro.

**LA REALIDAD**

Me llamo Lutvija, Lutvija Belmoldo Aus Shangkai Gav, y ahora ya sé que mi apellido es un error. El apellido del profesional en realidad fue Belmoldo, *aus* no significa conde sino «de» en alemán, y Shangkai Gav ya hace mucho que no existe porque terminó arruinado. Dios es mi testigo de que no hice bien al rechazar el nombre de mi padre, pues Ujaš Mirga, que quizás en realidad no fue mi verdadero dada, por lo menos fue un buen ladrón. Bueno, Dios sabe también que esto no lo hice yo solo sino que me echó una mano la *bakst*, esa jocosa suerte gitana. Por eso no soy el único culpable. O sea que hay varios culpables. Si me pusiera a enumerarlos ahora sería como querer contar cada pelo. Además, la culpa nunca se puede medir exactamente, porque no se encuentra en el cuerpo sino en el alma –y ya sabemos cómo va lo del alma–. El único en afirmar alguna vez que también el alma tiene un tipo de peso terrenal

fue Šandor Czaba, comerciante de cerdos de Mali Panon, quien añadía a la báscula del cerdo matado siempre cinco kilos por «el alma entregada», y por supuesto también los cobraba. Era un chanchullero al que nunca nadie creía, por eso su palabra aquí no cuenta, aunque ya esté difunto Czaba, que Dios le perdone al menos sus pequeños pecados. Igual que ya nada cuenta para mí, excepto quizás esta confesión gitana mía, que susurraba en las noches que pasé despierto hasta el amanecer, aquí en medio de la llanura abierta junto al fuego vivo, al oído de Feri Lainšček, el señor blanco al que llamamos Čukara.

A él porque nunca quiso consolarme ni juzgarme.

Y: porque es el único *gadja* que he encontrado en mi largo camino que conoce el secreto que no se puede aprender de la gente. Porque no se puede decir con palabras. Así nadie puede cotillearlo, venderlo o proclamarlo, por eso tampoco es posible comprarlo ni robarlo. Solamente te puede ser regalada la gente que lo conoce. Y tú les eres regalado a ellos como le son regalados al ojo la vista, a la oreja el oído y al corazón el amor. Es decir, que entonces eres más para el otro de lo que puedes serlo para ti mismo —esto también es parte del secreto que no nos puede explicar nadie, sino que tiene que revelarse solamente por sí solo—. O no se revela por sí solo... Porque no somos capaces de percibirlo, de ganárnoslo o porque normalmente, pues, es así... Pero cómo podría saberlo yo, un gitano común y corriente, que no tiene que preocuparse de lo que pasa en el mundo con la gente que no es *nuestra*. Ya de por sí también hay

entre nosotros suficiente prole que pulula alrededor como los gusanos ciegos sin saber de dónde viene o sin preguntarse a dónde va. Ves, y para mí esta fue la primera pregunta que por lo general recuerdo y será, muy probablemente, también la última.

Es verdad que no sé cuántos años tenía ya en aquel entonces, porque nadie me los contó y tampoco sé dónde fue, porque lo más probable es que aquel lugar yermo ni siquiera tuviera nombre, pero todavía hoy en día siento cómo se me quedó en el alma. Este camino eterno. Pero si estamos ya todo el tiempo de camino, me sobrevino, y nadie nunca me había dicho si nos estamos yendo o estamos volviendo, y todo el mundo se comportaba como si esto le importara un pepino. Aquí y allí había casas que ni siquiera podría mover una manada de caballos, de los hogares edificadas salía humo, detrás de las vallas gañían los perros que vigilaban acechantes y la gente se agarraba a todo esto como garrapatas. Ya hacía tiempo que habían absorbido el olor de sus patios, las mujeres probablemente olían a flores de los bancales escardados, los hombres al aguardiente de las ciruelas demasiado maduras y los niños a la leche de las vacas criadas. Y tan sólo nosotros pasábamos constantemente —ajenos, poco queridos, ofendidos— ni un poco desasosegados ni tampoco demasiado tristes, a veces tan solo dolorosamente cansados.

Como si en realidad el camino fuera nuestro hogar. Aunque era todo menos esto.

Por eso, al pasar el tiempo, también tenía que preguntar en voz alta: «¿Y de dónde venimos nosotros?»

Al principio, Phirav Pao, mi linda madre, en aquel

entonces una mujer muy joven, solamente se rasca y se quitaba vehemente los piojos. «¿Nosotros?», fruncía el ceño al decirlo como si ya esto fuera algo desconocido para ella.

«El *dada* de Ujaš a veces decía que venimos de Dolga vas», se encogió de hombros finalmente. «Pero él afirmaba de todo y se peleaba hasta llegar a la sangre por esto», a la vez agitó su mano en un gesto de desaprobación. «Y luego solía ser humo».

Jorga Mirga, mi abuelo loco, al que todos menos la policía y los jueces llamaban Vinetou, probablemente de verdad le mentía. Porque cuando le pregunté yo, ya ni se le pasó por la cabeza lo de Dolga vas, sino que ahora afirmaba que los *čerge* de todos los gitanos que todavía estamos en el mundo venimos del valle de los Apaches en la India y que en realidad somos indios. O sea que érase una vez cuando nosotros también teníamos nuestra tierra que era fértil y generosa casi como las campiñas paradisíacas y por eso la gente blanca nos envidiaba. Nos robaban nuestros caballos ya domados, mataban los bisontes que nos fueron regalados por Dios como comida y acosaban a nuestras mujeres que ya en aquel entonces estaban más calientes que las suyas. Pero aun así no pudieron con nosotros hasta que un herrero, Henry de Sant Louise, empezó a fabricar escopetas. Y finalmente nos ganaron a los indios, que todavía luchábamos con hachas de piedra y flechas de madera. Perdimos nuestra tierra sagrada para siempre y tuvimos que emprender el camino. Y en nuestras bocas se amargaba todavía el sabor a miel que desde entonces también sentía yo.

«Ahora nosotros también tenemos escopetas», me di cuenta finalmente. «Podríamos organizarnos como tiradores y volver».

«¿Quién podría organizarse como tirador?», estalló en risas Vinetou. «¿Mi hijo Vlaški que hasta tiene miedo de robarle los huevos a una gallina? ¿O sus tres hermanos que ni siquiera son mis hijos y por eso son incluso más gallinas?», se daba golpes en el pecho con las manos abiertas para sofocar su risa incontenible. «¿O el *baba* Karfildo que se atreve a enseñar su culo flaco a cualquiera?», giraba los ojos totalmente sofocado. «Ay, Dios mío, ¿tal vez solamente ella?», consiguió recuperar el aliento al poco tiempo. «En definitiva habrá que preguntárselo un día cuando esté sobria», carraspeó y escupió algo amarillento. «Pero a ver si sabe qué son los tiradores».

«Lo sabe, lo sabe», me dejé engañar. «Todos nosotros lo sabemos, solo que no tenemos al tirador escogido».

«¿Qué no tenemos a quién?» se puso serio enseguida.

«Al que va el primero», intenté explicarle.

«Escucha, *čavouro*, en el primer lugar siempre va un soldado de infantería». Me dio con el dedo índice un capirotazo entre las cejas. «Y de quien hablas tú es del general y va el último», me informó totalmente airado. «Y a este por supuesto lo tenemos».

«¿Lo tenemos?!» me brillaron los ojos.

«Sí», parpadeó. «Está enfrente de ti», fijó la mirada en el infinito por encima de mi cabeza. «Jorga Mirga, el generalísimo gitano», dijo con la voz pro-